

Parecían surgir de todas partes, nacidos en la tibieza algo húmeda del aire, fluían lentamente como si rezumasen de los muros, de los árboles entre rejas, de los bancos, de las aceras sucias, de las plazoletas.

Se estiraban en largos racimos oscuros entre las fachadas muertas de las casas. De tarde en tarde, delante de los escaparates de los almacenes, formaban núcleos más compactos, inmóviles, ocasionando algunos remolinos, como ligeros estrangulamientos.

Una quietud extraña, una especie de satisfacción desesperada, emanaba de ellos. Miraban atentamente los montones de ropa de la Exposición de Ropa Blanca, que imitaban

hábilmente montañas de nieve, o bien una muñeca cuyos dientes y ojos, a intervalos regulares, se encendían, se apagaban, se encendían, se apagaban, se encendían, se apagaban, siempre a intervalos idénticos, se encendían de nuevo y de nuevo se apagaban.

Miraban largo rato sin moverse, se quedaban allí, ofrecidos, ante los escaparates, aplazaban siempre al intervalo siguiente el momento de alejarse. Y los niños tranquilos que les daban la mano, cansados de mirar, distraídos, pacientemente, junto a ellos, esperaban.

La tibieza algo húmeda del aire, fluitaba lentamente como si rezumase de los muros, de los árboles entre rejas, de los bancos, de las aceras sucias, de las plazuelas.

Se estiraban en largos rascimos oscuros entre las fachadas muertas de las casas. De tarde en tarde, delante de los escaparates de los almacenes, formaban núcleos más compactos, inmóviles, ocasionando algunos temblores, como ligeros estrangulamientos.

Una quietud extraña, una especie de satisfacción despectiva, emanaba de ellos. Miraban atentamente los monitores de ropa de la Exposición de Ropa Blanca, que imitaban

VI

Ellas mascullaban cosas a medio expresar, la mirada perdida y como siguiendo interiormente un sentimiento sutil y delicado que parecían no poder traducir.

El las acuciaba: «¿Y por qué? ¿Y por qué? ¿Por qué soy un egoísta? ¿Por qué un misántropo? ¿Por qué esto? ¿Digan, digan?».

En el fondo de sí mismas, ellas lo sabían, jugaban un juego, se plegaban a algo. Les parecía a veces que ellas no dejaban de ver en él una batuta que manejaba sin cesar como para dirigir las, que movía suavemente para hacerlas obedecer, como un maestro de baile. Pam, pam, pam, ellas bailaban, giraban y daban vueltas sobre su eje, añadían un poco de gra-

cia, un poco de inteligencia, pero sin querer, pero sin pasar nunca al terreno prohibido que podría disgustarle.

«¿Y por qué? ¿Y por qué? ¿Y por qué?»
¡Vamos, pues! ¡Adelante! ¡Ah, no, no es eso!
¡Hacia atrás! ¡Hacia atrás! Pero sí, el tono festivo, sí, de nuevo, suavemente, de puntillas, la broma y la ironía. Sí, sí, se puede intentar, esto marcha. Y el aire ingenuo ahora para atreverse a decir verdades que podrían parecer duras, para ocuparse de él, pues él adoraba eso, para pincharle, adoraba ese juego. Ahí, cuidado, suavemente, suavemente, esto se hace peligroso, pero puede intentarse, puede encontrarlo picante, divertido, provocativo. Ahora es una historia, la historia del escándalo, de la vida íntima entre personas que conoce, que le reciben en su casa, que le aprecian. Eso le interesará, generalmente eso le gusta... ¡Pero no!, ¡ay!, era una locura, no le interesa o no le ha gustado: de pronto se pone ceñudo, qué miedo da, va a regañarlas con gesto furioso, refunfuñante, va a decirles algo envilecedor, a hacerles tomar (no saben ellas cómo) conciencia de su bajeza, si no ahora, por lo menos a la menor oportunidad, sin que se pueda

responderle a su modo indirecto, tan maligno.

¡Qué agotamiento, Dios mío! Qué agotamiento ese desgaste, ese saltito continuo ante él: hacia atrás, hacia adelante, hacia adelante y hacia atrás de nuevo, ahora movimiento giratorio en torno a él, y luego de nuevo de puntillas, sin perderle de vista, y de lado y hacia adelante y hacia atrás, para procurarle ese goce.

Por la mañana ella saltaba de la cama muy pronto, corría por el piso, desabrida, encogida, cargada de gritos, de gestos, de jadeos de ira, de «escenas». Iba de habitación en habitación, fisgoneaba por la cocina, golpeaba con furia la puerta del cuarto de baño que alguien ocupaba, y tenía ganas de intervenir, de dirigir, de zarandearlos, de preguntarles si iban a permanecer allí una hora o de recordarles que era tarde, que iban a perder el tranvía o el tren, que era demasiado tarde, que perdían algo por su desidia, su negligencia, o que el desayuno estaba servido, que estaba frío, que esperaba desde hacía dos horas, que estaba helado... Y parecía que a sus ojos no había nada más des-

preciable, más tonto, más odioso, más feo, que no había signo más claro de inferioridad, de debilidad, que dejar que se enfriara, que dejar que esperara el desayuno.

Los iniciados, lo niños, se daban prisa. Los demás, indiferentes y descuidados respecto a esas cosas, ignorando su poder en aquella casa, contestaban educadamente, con gesto natural y bondadoso: «Muchas gracias, no se inquiete, con mucho gusto me tomo el café un poco frío». A aquéllos, a los extranjeros, ella no se atrevía a decirles nada, y por esa sola palabra, por esa breve frase educada mediante la cual la apartaban bondadosa, negligentemente, con el dorso de la mano, sin considerarla siquiera, sin detenerse un solo instante en ella, sólo por esto se ponía a odiarles.

¡Las cosas! ¡Las cosas! Eso era su fuerza. La fuente de su poder. El instrumento del que se servía, a su modo instintivo, infalible y seguro, para triunfar, para aplastar.

Cuando se vivía a su lado, se era prisionero de las cosas, se era esclavo rastrero cargado de cosas, pesado y triste, continuamente acechado, acosado por ellas.

La cosas. Los objetos. Las llamadas del

timbre. Las cosas que no había que desatender. Las personas a las que no había que hacer esperar. Se servía de ello como de una jauría de perros a los que silbaba a cada momento: «¡Llaman! ¡Llaman! Daos prisa, rápido, rápido, os esperan».

Incluso cuando estaban escondidos, encerrados en su habitación, los hacía saltar: «Os llaman. ¿Es que no lo oís? El teléfono. La puerta. Hay una corriente de aire. No habéis cerrado la puerta, ¡la puerta de entrada!». Una puerta había dado un portazo. Una ventana un golpe. Un soplo de aire había cruzado la estancia. Había que darse prisa, pronto, pronto; zarrandeado, atropellado, ansioso; dejarlo todo allí y precipitarse, dispuesto a servir.

Cuando estaba con seres tiernos y jóvenes, seres inocentes, experimentaba la necesidad dolorosa, irresistible, de manipularlos con sus dedos inquietos, de palparlos, de acercarlos a sí mismo lo máximo posible, de apropiárselos.

Cuando le acontecía salir con uno de ellos, llevar a uno de ellos de «paseo», apretaba fuertemente, al cruzar la calle, la pequeña mano en su mano caliente, prensil, conteniéndose para no aplastar los minúsculos dedos, mientras cruzaba mirando con una prudencia infinita, a izquierda y luego a derecha, para cerciorarse de que les daba tiempo a pasar, para ver si venía un coche, para que su pequeño tesoro, su niño querido, aquella cosita viva y tierna y confia-

da, de la que era responsable, no fuera atropellada.

Y le enseñaba, al cruzar, a esperar largo rato, a tener mucho cuidado, cuidado, cuidado, sobre todo mucho cuidado, al cruzar las calles por el paso de peatones, pues «basta tan poca cosa, un segundo de descuido basta para que se produzca un accidente».

Y le gustaba también hablarles de su edad, de su avanzada edad y de su muerte. «¿Qué dirás cuando ya no tengas abuelo? No estará aquí, tu abuelo, pues es viejo, ¿sabes?, muy viejo, y pronto le llegará el momento de morir. ¿Sabes tú qué se hace cuando se está muerto? También él, tu abuelo, tenía una mamá. ¡Ah! ¿Dónde está ahora? ¡Ah! ¡Ah! ¿Dónde está ahora, cariño? Se ha ido, él ya no tiene mamá, está muerta desde hace mucho tiempo, su mamá, se ha ido, él ya no tiene, está muerta.»

El aire seguía inmóvil y gris, sin olor, y las casas se alzaban a cada lado de la calle, las masas chatas, cerradas y sombrías de las casas les rodeaban mientras ellos avanzaban lentamente a lo largo de la acera, dándose la mano. Y el pequeño sentía que algo pesaba sobre él,

le entorpecía. Una masa blanda y asfixiante, que le hacía absorber inexorablemente, ejerciendo sobre él una suave y firme coacción, tapándole ligeramente la nariz para hacerle tragar, sin que él pudiera defenderse... lo penetraba, mientras él trotaba levemente y con mucha prudencia, dando dócilmente su manita, asintiendo con la cabeza muy juiciosamente, mientras le explicaban cómo había que avanzar siempre con cuidado y mirar bien, primero a la derecha, y luego a la izquierda, y tener mucho cuidado, mucho cuidado, por temor a un accidente, al cruzar el paso de peatones.